

Intereses cognoscitivos y praxis social en Arqueología de la Arquitectura

AGUSTIN AZKARATE GARAI-OLAUN

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

Resumen

La ponencia se articula en dos partes. En la primera de ellas se reflexiona sobre la crisis del modelo académico tradicional y el fuerte impacto que ha supuesto la reorganización de las actividades arqueológicas en el contexto de las nuevas administraciones autonómicas del Estado español. Este es el contexto en el que la Arqueología de la Arquitectura debe buscar su sitio y ofrecer alternativas sólidas. Para ello se propone la superación de la pretendida dicotomía entre conocimiento histórico e intereses restauradores y se defiende la necesidad de articular unas rutinas de control que garanticen el respeto a todas las dimensiones relevantes del patrimonio edificado y la implicación de la Arqueología de la Arquitectura en el conocimiento, gestión y difusión del mismo. En la segunda parte, recurriendo a ejemplos concretos, se expone la aplicación de estas ideas en la experiencia del País Vasco. Una experiencia basada en los puntos siguientes: a) Normativización de los instrumentos de investigación. b) Incorporación de la Arqueología de la Arquitectura a la docencia reglada en la Universidad. c) Creación de programas de investigación implicados en el conocimiento, gestión y difusión del patrimonio edificado.

Palabras clave: Arqueología de la Arquitectura. Universidad. Gestión Patrimonio Edificado. Conservación/conocimiento. Experiencia País Vasco.

Abstract

The paper comprises two sections. In the first we reflect on the crisis of the traditional academic model, and the powerful impact represented by reorganization of archaeological activities in the context of the new autonomous administrations in the State of Spain. This is the context in which Building Archaeology must search for its place and offer sound alternatives. In order to attain this purpose, we propose to go beyond the avowed dichotomy between historical knowledge and restoration interests and we advocate for the need of putting in place control routines which guarantee respect for all relevant dimensions of building heritage and the full implication of Building Archaeology in its knowledge, management and diffusion.

On the second part, and on the basis of concrete examples, we discuss the application of these ideas in the Basque country experience, experience which relies on the following: a) Normalization of research instruments. b) Incorporation of Building Archaeology to University curriculae. c) Creation of research programmes concerned with knowledge, management and diffusion of building heritage.

Key words: Building Archaeology. University. Building Heritage Management. Preservation/knowledge. Basque Country experience.

1. INTRODUCCIÓN

Son más de diez años ya los que han transcurrido desde que en la Universidad del País Vasco se pusieran en marcha diversos programas de investigación relacionados básicamente con el patrimonio edificado

Como no podía ser de otra manera, la aportación italiana no fue ajena al impulso de aquellos primeros años. Recordamos, por ejemplo, la participación de Gian Pietro Brogiolo en el Master de Patrimonio que organizamos en la Universidad del País Vasco el año 1991 o los diversos contactos con Roberto Parenti poco más tarde. La estrecha relación con Luis Caballero, la decidida aportación de los arquitectos Leandro Cámara y Pablo Latorre, el apoyo permanente e insustituible del también arquitecto Juan Ignacio Lasagabaster, la colaboración creativa de José Manuel Valle y la entrega de un equipo extraordinario de arqueólogos, topógrafos, ingenieros e informáticos, paleógrafos e historiadores del arte, con la colaboración de geólogos, arqueómetras, aparejadores, etc. han ido cimentando un proceso que se consolida progresivamente. El Plan Director de la catedral de Santa María es una buena muestra de ello (AZKARATE, CAMARA, LASAGABASTER, LATORRE, 2001)

Antes de explicar nuestra experiencia, no obstante, nos gustaría ubicar la Arqueología de la Arquitectura en el contexto genérico de la disciplina arqueológica y en el más genérico aún de la Filosofía de la Ciencia, sin renunciar tampoco a algunas consideraciones sobre el ámbito de la restauración. Hablaremos desde nuestra condición de universitarios y nuestras reflexiones (en ocasiones críticas) habrá que entenderlas en este contexto.

Pero, antes, refirámonos brevemente a la experiencia italiana. Ayer tuvimos ocasión de ponernos al día tras la magnífica síntesis de Gian Pietro Brogiolo. Siempre nos llamaron la atención dos circunstancias de la experiencia aquel país: el fuerte peso, por una parte, de la problemática y los debates generados por la práctica restauradora y la temprana consolidación, por otra, de una tendencia orientada a investigar los contextos sociales y productivos, mediante el estudio de los testimonios materiales del pasado.

En esta línea, y aún a riesgo de caer en una simplificación, comenzaremos por tanto nuestro discurso –elaborado desde nuestra propia experiencia– reflexionando sobre esta vocación aparentemente bifronte de la arqueología de la arquitectura: orientada una a la investigación histórica y enfocada otra al ámbito de la restauración monumental.

El título de nuestra ponencia (inspirado en la Teoría Crítica y, más específicamente, en el pensamiento de

J. Habermas) responde precisamente a esta dicotomía aparente que no es sino el anverso y reverso de una misma realidad, pero que separada (como pretenden algunos) puede crear auténticos disparates tanto conceptuales como operativos. En torno a esta idea se centrará la primera parte de nuestra intervención. En la segunda, en cambio, sintetizaremos de manera breve la experiencia de nuestro grupo durante los últimos diez años, experiencia que tuvo, desde sus inicios, una inequívoca voluntad de por conciliar investigación básica e investigación aplicada.

2. ALGUNAS REFLEXIONES DE CARACTER CONCEPTUAL

1. Sobre la Arqueología

Frente a la “teoría tradicional” instalada en las ideas, ontológica, que imaginaba una estructura del mundo independiente del cognoscente (HABERMAS, 1986: 163), la “teoría crítica” defiende la idea del conocimiento como un producto social, que no puede partir de modelos normativos abstractos sino del hecho primero de la historicidad y el carácter socialmente determinado del propio conocimiento. Un discurso crítico, por lo tanto, está obligado a afrontar simultáneamente ambos aspectos, tanto el cognoscitivo (que afectaría al arqueólogo en cuanto sujeto de un proceso de conocimiento) como social y político (que afecta también al arqueólogo en cuanto componente de una sociedad con unos valores y un compromiso específicos) (VICENT, 1991: 31).

La arqueología académica, de fuerte tradición positivista, ha vivido siempre ajena a este doble compromiso, preocupándose por cultivar básicamente el primero de los aspectos mencionados. La vieja creencia en un universo instalado “ahí fuera” que podía descubrirse desde la neutralidad científica propia de la Academia, ha permitido que los usufructuarios de esa privilegiada situación –universitarios y miembros de instituciones científicas– hayamos vivido durante largo tiempo con la confortable sensación de estar participando en una empresa pura e incontaminada.

Los últimos dos o tres decenios, sin embargo, han trastocado notablemente este *status quo* tradicional, dejando la arqueología en una situación de desconcierto en la que vive todavía inmersa. Dos han sido los ámbitos en los que se desarrolló esta subversión de los valores tradicionales, relacionados directamente ambos con la doble instancia del conocimiento crítico.

a) A nivel teórico, la Arqueología occidental conoció un profundo debate desde finales de los sesenta que tuvo un tenue y confuso reflejo en la arqueología española con veinte años de retraso. Es curioso observar que la mayor

parte de los trabajos de carácter epistemológico se publicaran en el corto espacio que corre entre 1987 y 1992. Fue como una obsesión, un deseo incontenible *d'être à la page*, unas veces con fines didácticos –divulgar nuevas corrientes en una arqueología española básicamente antiteórica–; otras con ánimo de distanciarse, quizá, del colega afanoso al que se tildaba desdeñosamente de positivista y, en algún caso también, con una indigestión de jerga anglosajona que ni los propios autores llegaron nunca a comprender ni, por supuesto, a transmitir de manera inteligible.

Es por ello por lo que una parte de la arqueología española ha recibido con alivio el cuestionamiento que, desde la postmodernidad, se ha hecho de las propuestas teórico-metodológicas de tinte procesualista. Desconocidas éstas por un sector importante del colectivo arqueológico y recibidas, como decíamos, con bastantes años de retraso, la comprensión de su corpus teórico resultaba dificultosa en un contexto académico poco habituado a debates críticos de carácter epistemológico.

La aparición más reciente, en cambio, de nuevas corrientes de carácter historicista, poseedoras de un bagaje teórico más próximo al que ha sido habitual en la universidad española y que se presentan, además, con una fuerte dosis de relativismo, ha descargado la mala conciencia de muchos arqueólogos de nuestro país. En algunos casos se ha pasado del positivismo pre-científico a una postmodernidad pretendidamente desmitificadora que en ocasiones dedica culto, sin embargo, a los relativismos más extremos y que refleja, en palabras de Fontana, “una sensación de que lo que necesitamos es cambiar con frecuencia el bagaje metodológico, renovándolo de acuerdo con las modas de cada temporada” (1992: 13). Resulta curioso observar, en esta línea, cómo hay quien “se apunta” a la postmodernidad huyendo –más por miedo a lo desconocido que por convicción– de normativismos neopositivistas. Pero también existe quien –en sentido contrario y desde la atalaya un aparente progresismo– fustiga cualquier acercamiento a la postmodernidad con fuertes descalificaciones dirigidas a su relativismo presuntamente conservador.

Lo cierto es que todo ello ha hecho saltar en pedazos el cómodo *establishment* académico, creando una cierta orfandad intelectual en algunos y una innecesaria agresividad en otros. Como recordaba J. M. Vicent, “la disolución del aparato normativo del neopositivismo ha producido una situación fluida, cuya característica principal parece ser el ‘disenso’”. En el campo de la práctica de la investigación esto conduce a la atomización de los resultados, que no pueden ser integrados en un solo cuerpo de conocimientos al no existir patrones universales aceptados de certeza (1991: 33).

b) Al desconcierto conceptual –que ha encerrado de nuevo a determinados círculos arqueológicos en su torre de marfil y en la seguridad del trabajo cotidiano bien hecho (“mi” excavación, “mi” prospección, “mi” sistema de registro, “mi” publicación, etc.)- se ha sumado un desconcierto, aún más grave, de carácter operativo. Si ya resulta preocupante carecer de estrategias, lo es mucho más si no sabemos, además, dónde aplicarlas. Y la puntilla, en este sentido, ha procedido de las circunstancias políticas españolas. Algunos autores como M^a Angeles Querol (1996) o F. Criado (1996, 2001) han sabido llamar la atención sobre un grave problema que puede resumirse de la siguiente manera: frente a una Universidad depositaria del conocimiento arqueológico y casi única beneficiaria de su gestión, la descentralización autonómica del estado español ha transferido las competencias, los programas de acción y los recursos humanos a las distintas administraciones regionales. Como consecuencia de ello, el mundo académico se ha visto desposeído de sus tradicionales parcelas de poder y sufre el fuerte impacto de la reorganización de las actividades arqueológicas derivada de la multiplicación de administraciones competentes.

La virulenta reacción de algunos universitarios ha sido proverbial. La propia dicotomía (creemos nosotros que interesada y, desde luego, perversa) entre la “arqueología de investigación” y la “arqueología de gestión” no hace sino reflejar este malestar y pretende desacreditar la respuesta (quizá no suficientemente estructurada todavía pero innovadora en cualquier caso) de quienes experimentan con una transformación radical de la arqueología hacia una disciplina más comprometida socialmente, para prestigiar, en cambio, la burbuja académica del Antiguo Régimen y sus tradicionales parcelas de poder.

La universidad corre el riesgo de ser cómplice de esta situación, empeñada en mantener programas académicos de inspiración decimonónica, dedicada a investigaciones que se articulan no en función de las necesidades de una sociedad que ha entrado ya en el siglo XXI, sino en función de intereses curriculares de carácter personal e intransferible. Esto que parece una exageración, no lo es, y hay que decirlo en este foro que trata de una disciplina ajena todavía a los programas universitarios (con alguna excepción honrosa).

2. Sobre la Arqueología de la Arquitectura

Es en este contexto en el que debemos reflexionar sobre la Arqueología de la Arquitectura. Es en este desconcierto conceptual y operativo al que nos hemos referido en el que

la Arqueología de la Arquitectura debe buscar su sitio y ofrecer alternativas sólidas.

Pero debe hacerlo, no desde posiciones corporativistas –enfrentando inútilmente a arqueólogos, historiadores del arte o arquitectos restauradores- ni desde posiciones normativistas que buscan la articulación de especificidades instrumentales (otra manera, en definitiva, de reforzar lo propio), ni retrocediendo al viejo marco académico conformado por el micromundo del investigador y el de sus colegas, ni siquiera desde una Teoría (en el sentido filosófico primigenio –HABERMAS, 1986: 159-161), sino desde una Teoría Crítica que tiene presente tanto el *contexto histórico de génesis* de la propia teoría como el *contexto histórico de aplicación* de la misma (HABERMAS, 1987: 13-14). Desde una actitud, en definitiva, que priorice lo social sobre lo individual y que impulse la experimentación, la transformación y la búsqueda de nuevas vías. Reflexionemos brevemente a este respecto.

a) Estamos convencidos de que la arquitectura es un potente medio de conocimiento de los contextos sociales y productivos que la generan y creemos también que esta idea es, precisamente, la mayor de las aportaciones de la nueva disciplina aunque, por desgracia, sea la menos conocida en la experiencia española, deslumbrada sobre todo por sus aspectos instrumentales. Es todo un síntoma, por ejemplo, que la producción bibliográfica del grupo de Génova liderado por Tiziano Mannoni (1994, 1996) no haya tenido en España la relevancia que se merece.

Como ha recordado A. González, el monumento arquitectónico posee tres dimensiones esenciales que deben ser comprendidas y valoradas equitativamente: la dimensión documental, la arquitectónica y la significativa (1999: 13). De todas ellas es la dimensión documental la condición primigenia del monumento porque el análisis de su materialidad suministra una inestimable información “sobre el arte, la arquitectura, la construcción y la técnica del pasado, y también sobre su propia historia y la de las colectividades con él relacionadas, o sobre sistemas productivos, hábitos residenciales, mentalidades sociales o, en fin, sobre la historia del país o del lugar donde se erigió” (1999: 16). Son palabras tomadas, casi en su literalidad, del propio A. González y coinciden con otras reflexiones que nosotros hacíamos también en otros foros.

Que en un proyecto como el de la catedral de Vitoria se haya detectado una extraordinaria secuencia que recoge desde arquitecturas íntegramente líneas, hasta cuidadísimas sillerías, no está sino reflejándonos las luces y sombras de una sociedad que conoció estadios muy diversos en su capacidad económica, en su organización productiva, en la

articulación de sus necesidades funcionales y en la elaboración de sus sistemas simbólicos e ideológicos. Todo ello fosilizado en los muros y en el subsuelo de la catedral que se nos presenta, de esta manera, como el *mejor de los documentos* para conocer nuestro pasado histórico. No es una casualidad que la investigación que estamos efectuando en el contexto de la restauración de la catedral sea la que esté renovando nuestros conocimientos históricos sobre el pasado de la ciudad de Vitoria. Y tampoco es casualidad que la ciudadanía se interese, especialmente, por estos resultados.

a) Pero, de la misma manera, estamos convencidos también de las potencialidades de la arqueología de la arquitectura en el ámbito de la gestión del patrimonio edificado, aunque aquí los problemas son aún más delicados. Vamos a desarrollar este punto con más atención y no porque releguemos el anterior a un lugar secundario, sino porque las reflexiones deben hacerse desde los contextos y las circunstancias específicas de cada lugar o de cada país. Y en el nuestro, y a fecha de hoy, sería un grave error estratégico y metodológico (también deontológico) preocuparnos únicamente del conocimiento histórico, ignorando la situación que vive el patrimonio edificado.

Decíamos que en el ámbito de la gestión del patrimonio edificado los problemas son bastante delicados. Ha sido en el ámbito de la restauración, en efecto, en el que los debates –incluso los conflictos– entre los intereses restauradores e históricos han sido más acusados. Desde un aspecto estrictamente normativista, las posturas sobre la aplicación del método estratigráfico al conocimiento de la arquitectura se han expresado de maneras muy diversas¹.

Pero no nos interesa tratar tanto los aspectos instrumentales, sino las actitudes, es decir, las reacciones de quienes ignoran sencillamente las posibilidades de una lectura arqueológica del edificio, o las de quienes –no ignorando sus posibilidades– las minimizan sin embargo alegando el uso racional de los presupuestos o las difíciles circunstancias que concurren, con frecuencia, en una intervención restauradora.

¿En qué medida, podemos preguntarnos, el conocimiento histórico coadyuva al proceso restaurador?² Evidentemente, conocer la mínima capacidad excedentaria de la sociedad vitoriana del siglo XI, capaz de articular un ciclo productivo de la piedra escasamente elaborado, es muy importante para comprender el proceso de feudalización en el País Vasco, pero incide escasamente en las decisiones de los arquitectos restauradores de la catedral de nuestra ciudad. ¿Debemos, por ello, acotar este tipo de estudios? ¿Estamos los historiadores sucumbiendo a excesos metodológicos con las subsiguientes detracciones pre-

supuestarias que acaban perjudicando el objetivo final de restauración?

En esto, como en todo, unas preguntas previas planteadas inteligentemente y una buena dosis de pragmatismo pueden ayudar a alcanzar el camino correcto. Aquí ocurre como a la hora de elegir el soporte gráfico que ha de documentar una intervención. Puede hacerse un magnífico trabajo con planos convencionales, incluso con bocetos, y uno deficiente con extraordinarios soportes digitales. De la misma manera, la acumulación de análisis e investigaciones no garantiza por sí misma la bondad de los resultados finales.

Admitido esto, no obstante, es urgente también que los agentes que intervienen en un proceso de restauración reflexionen críticamente sobre sus presupuestos conceptuales. Porque parece evidente que una restauración no es solamente un proyecto que, en función de determinadas circunstancias, interese poner en marcha a un determinado promotor, público o privado; ni un encargo que recibe un arquitecto restaurador y en el que puede poner en práctica sus teorías sobre la restauración; ni, por supuesto, una oportunidad para que el arqueólogo o historiador de turno alimente su *currículum* personal investigando en tal o cual materia. Como se ha repetido desde distintos foros (TAGLIABUE, 1993: 180) el proceso restaurador debe ser

¹ Ha habido arquitectos, como R. Bonelli, que se manifestaron tempranamente sobre la inoportunidad de aplicar a la arquitectura el método estratigráfico por no adecuarse éste a la complejidad estructural, funcional o compositiva de un edificio (Cfr. TAGLIABUE, 1993: 56-58). Pero más que una oposición frontal, lo que se aprecia con frecuencia –por parte de algunos arquitectos de gran experiencia como Doglioni o, más recientemente, Treccani– es una adecuación del sistema de registro estratigráfico a las especificidades de contexto arquitectónico. Unas veces, como en el caso de Doglioni, priorizando el *rilievo stratigrafico o stratigrafico-costruttivo* (1997: 22) sobre el diagrama harrisiano (*Ibidem*: 49) y otras, como Treccani, creando, incluso, nuevas categorías en el registro estratigráfico. Hace años ya, Brogiolo había llamado la atención sobre los límites conceptuales de la estratigrafía para aprehender algunas realidades características de la arquitectura. En 1988 se refería a los aspectos estilísticos y formales, para cuya secuenciación –junto al análisis estratigráfico– proponía, algunos años después, un *doppio binario* coordinado de análisis estratigráfico y análisis estilístico (1993). Al poco tiempo (1996) –recogiendo los resultados de las investigaciones llevadas a cabo por distintos equipos multidisciplinarios– propondrá la incorporación de dos nuevas secuencias no tenidas en cuenta por el análisis estratigráfico convencional, la secuencia estática y la secuencia del “degrado”. Y resultará aún más explícito en otra publicación inmediatamente posterior (1997) que refleja bastante bien esa “pérdida de inocencia”, tanto teórica como aplicada, que observa en la arqueología de la arquitectura en los años finales del segundo milenio.

² Como recogíamos en otro lugar (AZKARATE, FERNÁNDEZ de JAUREGUI, NÚÑEZ, 1995), siempre habrá –y lo decimos por experiencia propia– quienes creen que esto del conocimiento histórico es un mero entretenimiento intelectual propio de universitarios, difícilmente asumible por motivos tan razonables como el aumento de presupuesto, la ralentización de las obras, las urgencias de los plazos, etc. Motivos todos ellos muy razonables (y con los que es muy fácil hacer planteamientos demagógicos), pero que ocultan y enmascaran una “falsa conciencia” latente en el ámbito de la restauración.

visto siempre como una operación orientada a la conservación –o protección, como prefiere A. González (1999: 30)– de un monumento, pero también como una ocasión única e irrepetible de conocimiento. Ambas premisas son indisolubles, anverso y reverso de una misma moneda. Desgraciadamente, sin embargo, en la actualidad se presupone y se ejecuta la primera (la restauración) y, en el mejor de los casos, se negocia la segunda (el conocimiento). Y esta es una situación que debería cambiar radicalmente.

Conservación/conocimiento. Creemos que no existe todavía una reflexión crítica ni una conciencia suficiente sobre la consubstancialidad de ambas. Consubstancial significa, como es sabido, que una cosa es de la misma substancia, naturaleza indivisible y esencia que otra. El conocimiento de un monumento es consubstancial al acto de su restauración. No es algo que pueda negociarse, ni que dependa de la mayor o menor sensibilidad de un arquitecto, de un promotor o de una administración. La consubstancialidad deriva de la historicidad³ del propio objeto y, en consecuencia, del carácter hermeneútico (es decir, interpretativo) tanto de su conocimiento como del acto mismo de su restauración. Y aquí, nos topamos con una de las claves teóricas de este debate.

Los agentes que intervienen en una restauración deben asumir que trabajan con “indicios” y no con “objetos”. Frente a la “anticuaria” que ha dominado tradicionalmente el mundo de la arqueología, la historia del arte y la arquitectura hay que reivindicar la compleja textura y la densidad biográfica de la memoria petrificada. Esta es la cuestión que, en el fondo, subyace en este tipo de debates. Urge, en consecuencia, desacralizar el objeto, el monumento-fetiché, que no existe en sí mismo como un estilo congelado en el tiempo⁴, sino como la materialización de

³ Como apunta A. González citando a Daniel Shávelzon, “la conservación del patrimonio cultural no es un hecho ‘apolítico’ e independiente de la realidad que lo rodea... es un hecho profundamente político”, por lo que la historicidad se convierte una de las características esenciales que más va a influir en la definición de una restauración objetiva” (1999: 29).

⁴ “ (...) el historiador del arte puede pasar con desventura de lo antiguo a lo moderno y viceversa: como si el espacio y el tiempo no hubiesen evolucionado. Esta necesidad de totalidad y de puntos topográficos firmes es tan fuerte en los historiadores del arte que viven los espacios actuales de viejos edificios medievales o del Renacimiento como si fuesen idénticos a los espacios originarios (...). Y la verdad es que incluso lo que parece menos transformado también ha sido objeto de transformaciones, en mayor o menor medida, en las diversas fases (...). Existe pues una necesidad de reconstruir la memoria en cada lugar y para cada época, en el suelo y en el subsuelo, en la antigüedad y en la modernidad” (CARANDINI, 1998: 255-256).

⁵ Sobre “la comparación freudiana entre psique y asentamiento y entre los diversos modos en que se conservan y se destruyen la memoria y los monumentos”, cfr. A. Carandini (1997: 247-258). Sobre el transcurrir del tiempo como entrecruzamiento de estratos, cfr. también M. Foucault (1978).

una memoria histórica fragmentada que necesita previamente ser biográficamente restaurado.

Un breve pero extraordinario artículo de Castilla del Pino puede ayudarnos a expresar esta idea: “Las cosas no existen... es preciso restaurarlas”. “No podemos traer el recuerdo a la conciencia sin su restauración, esto es, sin dotarle el valor semántico que tuvo en el pasado. Y la restauración misma es un proceso que implica la contextualización del recuerdo inicialmente evocado”. “La restauración de lo olvidado, no destruido, y ahora evocado gracias a la memoria, ha de hacerse con sumo cuidado. Nos va en ello la conciencia de nuestra continuidad biográfica. Hay que evitar ante todo la distorsión posible y, muy especialmente, todo falseamiento. (Es) preferible no recordar, (a) ...recordar mal o (...) falsear lo recordado. Desde la falsificación, desde luego, no es posible la continuidad histórica de uno mismo. Es preciso ser veraz, o mejor, no engañarse. Con otras palabras, es necesaria la restauración fiel” (1995: 11).

Obviamente, no se está refiriendo Castilla del Pino a la restauración material de los monumentos (es decir a aquello que en nuestro entorno se “ejecuta” en todos los casos), sino a su restauración biográfica, a la restauración de su memoria (es decir, a aquella que, en nuestro entorno, en el mejor de los casos se negocia). Restaurar significa devolver a los objetos su significado, el valor semántico que tuvieron en el pasado y ello sólo puede conseguirse contextualizándolos estratigráficamente, “porque un recuerdo no se ofrece como un dato aislado, sino como componente de una estructura contextual, y queda como estrato, al modo como es estratigráfica la memoria colectiva” (*Ibidem*)⁵.

¿Cómo atreverse –sin articular con la máxima seriedad unas rutinas preventivas- a elegir un retazo del pasado y prescindir de otro? El restaurador (como agente individual) no es un demiurgo, ni posee las virtudes del oráculo de Delfos para interpretar qué debe o no ser recordado, qué espera o no la colectividad que se recuerde y, en consecuencia, se reproduzca y perpetúe selectivamente en el futuro. De ahí la necesidad de la interdisciplinariedad, de la toma de decisiones democrática... Y de ahí, sobre todo, la necesidad de asumir unas rutinas de control que regulen y programen los esfuerzos necesarios para contemplar, de manera integral, todas las dimensiones relevantes del patrimonio edificado.

Así como todas las ciencias han sabido idear rutinas para prevenir la subjetividad de las opiniones, el ámbito que nos ocupa debe garantizar también la aplicación habitual –y no excepcional ni potestativa- de rutinas similares.

Protocolos que deben ser incorporados a la legislación, pero que, sobre todo, deben ser interiorizados (no únicamente acatados) por cuantos agentes intervienen en una restauración.

Este es uno de los contextos de nuestro debate y en él debe reflexionar sus aportaciones la AA, no desde actitudes maximalistas (es fundamental no ser maximalista), sino desde el respeto entre las diversas disciplinas intervinientes y desde la consecución de unos objetivos que –ateniéndose, eso sí, a las diversas circunstancias específicas de cada monumento– se hayan consensuado previamente.

3. NUESTRA EXPERIENCIA DESDE LOS PRESUPUESTOS TEÓRICOS EXPLICADOS

En la Universidad del País Vasco, el Área de Arqueología se constituía por primera vez a comienzos de 1989 cuando asumíamos la tarea de poner en marcha una nueva Área de Conocimiento que, como tal, carecía tanto de infraestructura como de profesorado. Ya desde sus inicios, por lo tanto, vino arrastrando graves insuficiencias docentes que fueron incrementadas con el Nuevo Plan de Estudios por la troncalidad concedida al Área de Arqueología en el Real Decreto 1448/1190 (BOE 20 XI 1990)⁶.

En este Nuevo Plan de Estudios fuimos secretarios de la Comisión de la Universidad del País Vasco encargada de la elaboración de los nuevos programas de la titulación de Historia y participamos, en consecuencia, directamente en su resultado. Desde la perspectiva que nos da el tiempo transcurrido somos ahora conscientes de que en su desarrollo hubo aspectos que consideramos positivos y otros no tanto. Se consiguió, por ejemplo –contemplando únicamente los primeros– que el nuevo Plan acogiera asignaturas antes inexistentes como “Arqueología medieval” o “Arqueología industrial” pero, sobre todo, se introdujeron en el nuevo Plan asignaturas novedosas en el panorama académico de la universidad española como “Arqueología práctica de gestión”, “Arqueología urbana”, “Arqueología y protección del Patrimonio” y –con una orientación entonces básicamente de carácter instrumental– una materia que llamábamos “Análisis estratigráfico de estructuras en alzado” y que en la última revisión del Plan de Estudios ha venido a denominarse –más coherentemente– “Arqueología de la Arqueología”.

Desde la propia creación del Área de Arqueología en la Universidad del País Vasco, por lo tanto, se optó por un enfoque de la disciplina que respondiera a las nuevas circunstancias que iban consolidándose en nuestro país desde la década de los ochenta y que recibían una atención insuficiente por parte de los programas académicos tradiciona-

les. La necesidad de responder a los nuevos retos de manera activa –y no displicentemente crítica como es habitual, por desgracia– nos empujó a buscar la colaboración con las instituciones responsables del Patrimonio en nuestro ámbito geográfico.

Fue en este contexto en el que, a principio de los noventa, se inició un proceso de colaboración entre el Servicio de Patrimonio Histórico de la Diputación Foral de Álava que se viene manteniendo ininterrumpidamente desde entonces. Tras varios años de colaboración, el año 1997 se firmaba un Convenio entre la Universidad del País Vasco y la Diputación Foral, renovado en el año 2000. Todo ello ha permitido la creación de un sólido equipo, estable, de arqueólogos, topógrafos e informáticos, la puesta en marcha de varias tesis doctorales relacionadas con el tema, la creación de diversos bancos de datos relacionados con materiales de construcción, técnicas constructivas o análisis sistemáticos de morteros, enfoscados y enlucidos. Recientemente este equipo se ha constituido como Unidad Asociada al Consejo Superior de Investigaciones Científicas con el nombre de “Grupo de arqueología tardantigua y medieval y de la arqueología de la arquitectura” y ha sido reconocido por la Universidad del País Vasco como Grupo de Investigación. Una de sus principales características es, precisamente, su interdisciplinariedad⁷.

Hemos trabajado hasta el presente en Álava, Guipúzcoa, Vizcaya y La Rioja, ocupándonos de más de 50 elementos patrimoniales de relevancia diversa. Nuestros primeros pasos, como decía, se vincularon con la gestión del patrimonio edificado. Esta orientación inicial es

⁶ Como nuevo titular (y único profesor) del Área nos encontrábamos, por tanto, en una situación paradójica y difícil. Sin docencia, sin alumnos y sin tradición alguna. De todas las carencias, era la última la más cruel de todas y, sin duda, la más difícil de superar. La Arqueología se identificaba por profesores, alumnos y por el público en general con la arqueología prehistórica. Este dato constituye, quizá, una especificidad del País Vasco (que comparte probablemente con otras regiones del área cantábrica) generada por una serie de circunstancias que concurren en la tradición arqueológica del pasado y que no podemos abordar en este foro.

⁷ El Grupo de Investigación está constituido por diversos equipos de trabajo: 1.- El Área de Arqueología, del Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología, donde se están llevando a cabo diversos proyectos de investigación nacionales e internacionales, con un especial énfasis en la Arqueología de la Arquitectura. 2.- El equipo de Documentación Geométrica del Patrimonio, dirigido por José Manuel Valle Melón, de la Escuela Universitaria de Ingeniería Técnica Industrial e Ingeniería Técnica en Topografía, cuya línea de investigación se centra en los métodos de registro y representación de la forma y dimensiones de los elementos patrimoniales, con un especial énfasis en la Fotogrametría de objeto cercano, y gracias a la cual se han realizado avances relevantes en la documentación gráfica, métrica y tridimensional tanto de edificios como de excavaciones arqueológicas. 3.- La Escuela Técnica Superior de Arquitectura de San Sebastián, con la presencia del prof. Mariano Jiménez Ruiz de Ael, dedicado a la investigación en temas de Arquitectura y Patrimonio, y creador del principal centro de documentación de arquitectura del País Vasco.

importante porque marcó, de alguna manera, la personalidad del grupo de investigación. La firma de convenios con la administración nos obligaba a responder a los retos cotidianos en la conservación del patrimonio.

a) De esta circunstancia se deduce que el equipo que se iba constituyendo necesitó responder a situaciones muy diversas. Tuvimos que dotarnos, para ello, de unos instrumentos que hicieran operativo y ágil nuestro trabajo. Los primeros años fueron años, en consecuencia, de investigación en aspectos relacionados con la documentación, el registro y la presentación de los resultados alcanzados.

Esta cuestión nos parece especialmente importante. Es cierto que hay que evitar los corsés normativistas, pero esta advertencia es útil cuando se presupone una práctica instrumental normalizada. Es evidente que en nuestra disciplina, como en cualquier otra, “no todo vale” y, en este sentido, resulta preocupante la laxitud metodológica e instrumental que se observa en algunos equipos, preocupación sobre la que ha insistido reiteradamente L. Caballero Zoreda y que nosotros también compartimos.

b) Pero en este punto nos parece necesario hacer también una reflexión desde un centro de investigación y docencia como el nuestro. Desde nuestra condición de universitarios, siempre tuvimos la convicción de que nos haríamos un flaco favor si defendiéramos la arqueología de la arquitectura exclusivamente como un instrumento para el conocimiento histórico, si respondiéramos a las demandas sociales únicamente en la medida en la que coincidieran con nuestros intereses curriculares (arraigado vicio éste, sobre todo en las áreas de humanidades).

Esto no quiere decir que la Arqueología de la Arquitectura deba resucitar la vieja vocación ancilar de la arqueología que, hasta fechas relativamente recientes, se concibió a sí misma como una ciencia auxiliar al servicio de los historiadores. No se trata, en efecto, de reproducir aquella relación de dependencia, –en este caso, al servicio de la gestión–, sino de reinventar una “disciplina que sea capaz de responder a las demandas prácticas con una oferta de servicios cualificados y realistas. Esto supone, todavía, hacer mucha investigación, tanto de carácter aplicado como básico... porque... sólo se puede administrar lo que se conoce y... esa administración es siempre una práctica interpretativa que manipula valores intelectuales” (CRIADO, 1996: 20).

c) Esta última idea nos conduce directamente al tercero de los puntos que nos interesa resaltar y que nos parece especialmente relevante. Hoy en día la aplicación de la investigación en forma de técnicas y la retroaplicación de los procesos técnicos a la investigación, se ha convertido en un

fecundo *feed-back*, en un camino de ida y vuelta, al que no debemos renunciar y ante el que la universidad no puede permanecer ajena, si no quiere convertirse en un trasto inútil y, sencillamente, desaparecer.

En este sentido, y desde esta perspectiva, el ámbito del conocimiento y gestión del patrimonio edificado puede y debe convertirse en el campo de pruebas idóneo para la renovación de la disciplina arqueológica.

Veamos, brevemente, nuestra experiencia concreta. Obviamente no podemos referirnos a todas las intervenciones llevadas a cabo durante más de una década, por lo que seleccionaremos sólo algunos ejemplos:

1. El ámbito de la gestión

a) Desde el Servicio de Patrimonio Histórico-Arquitectónico de la Diputación Foral de Álava se está procediendo a la revisión sistemática de más de cuatrocientas iglesias. La información conseguida se está volcando sobre un soporte GIS que permitirá gestionar toda la información existente, relacionada con el estado de conservación de cada templo y sus valores constructivos y patrimoniales. A la vez que instrumento de gestión para la administración responsable, este estudio permite alimentar sendas bases de datos sobre mapas litológicos o técnicas constructivas, convirtiéndose en un medio de investigación de primer orden para los doctorandos del equipo y para los proyectos de investigación en curso.

b) Otro proyecto del máximo interés en el que participa también nuestro Grupo de Investigación es el *Plan Director para la recuperación integral del Valle Salado de Salinas de Añana*, proyecto dirigido por Juan Ignacio Lasagabaster, que tiene como redactores a los arquitectos Mikel Landa y Alazne Ochandiano y en el que participan también especialistas diversos. El conjunto salinero es posiblemente el más espectacular de Europa. Con varios manantiales que alimentan a más de cinco mil plataformas, posee una antigua y densa biografía, con menciones documentales que remontan al año 942 y una importancia histórica de primerísimo orden en la producción y comercio de la sal del Reino de Castilla.

Para nuestro equipo este proyecto –todavía en curso de ejecución– constituye un nuevo reto por cuanto constituye un objeto de estudio no habitual en la Arqueología de la Arquitectura que nos está obligando, una vez más, a generar nuevos instrumentos de trabajo y a responder, de forma innovadora, a los retos metodológicos que indudablemente plantea (fig. 1, 2).

c) Un campo distinto en el que nuestro equipo ha trabajado también es precisamente uno que no recibe excesiva



Fig.1. Salinas de Añana (Alava). Imagen parcial de las más de 5000 "eras", antes de iniciarse su proceso de estudio (Imagen cedida por M. Landa y A. Ochandiano)

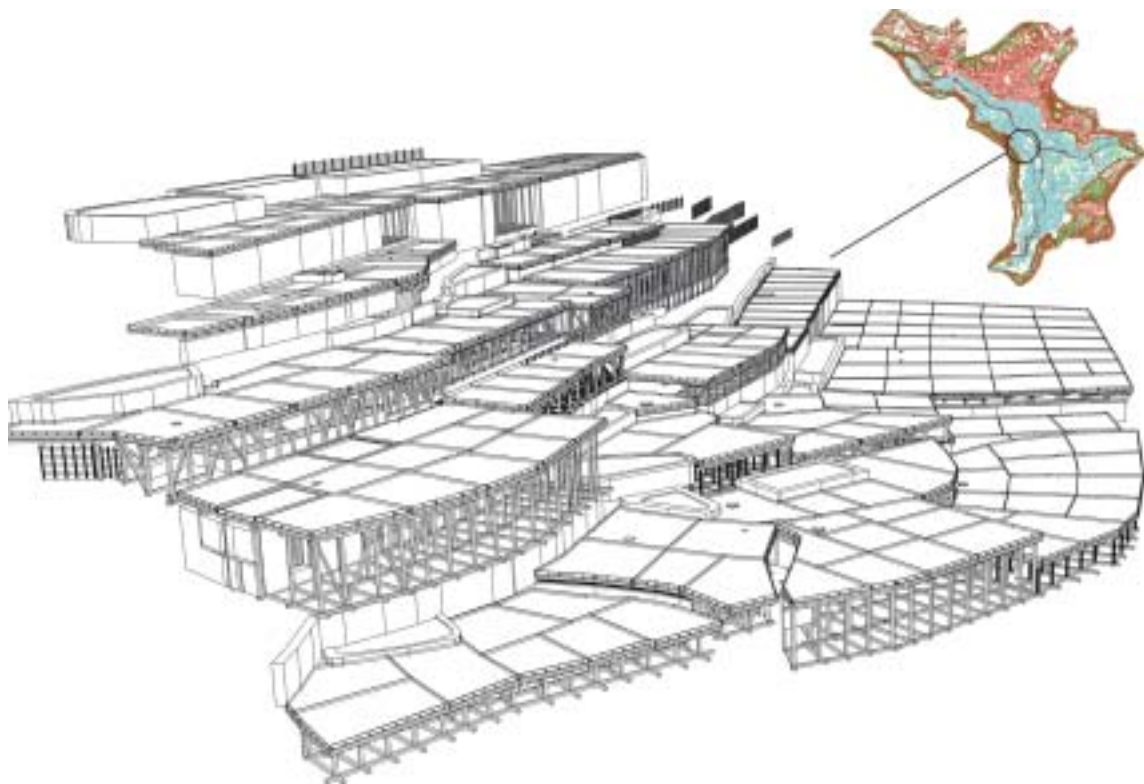


Fig.2. Modelo tridimensional de la zona elegida para contrastar el sistema de estudio puesto en práctica durante el Plan Director, todavía en curso. El modelo 3D sirve de soporte a la gestión, representación y análisis del complejo salinero. La imagen general adjunta refleja las enormes dimensiones del conjunto (Imagen cedida por M. Landa y A. Ochandiano)

atención por parte de quienes investigan en Arqueología de la Arquitectura, a pesar de ser las construcciones quizá más amenazadas de cuantas existen en la actualidad y que, en poco tiempo, están sucumbiendo ante el avance imparable de las infraestructuras viarias. Nos referimos al estudio y análisis de los puentes históricos. Los puentes, en efecto –junto a otros elementos arquitectónicos injustamente considerados como “menores”,- han constituido uno de esos capítulos de la arquitectura tradicionalmente relegados al olvido, con la excepción quizá de algunos ejemplares sobrevalorados por su presunta antigüedad o por su indudable carácter monumental. El estudio, sin embargo, de su financiación y mantenimiento, de sus artífices, de su análisis estructural y de su evolución constructiva, permite –desde el punto de vista histórico- inferir importantes datos sobre las vías de comunicación, el transporte y el comercio y –desde el punto de vista cronotipológico- acabar con el sinnúmero de tópicos que salpican la bibliografía existente sobre estos ejemplares (fig. 3).

Nuestras investigaciones en este campo han permitido reubicar cronológicamente algunos puentes emblemáticos en el País Vasco; descubrir el valor histórico de otros ejemplares medievales caídos en el olvido y poseedores, sin embargo, de rasgos constructivos y tipológicos relevantes;

	Nº	XV	XVI	XVII	XVIII	XIX	XX
Tajamar-Espón							
Huso-Rectangular	1						
Huso-Rectangular	10						
Huso-Semicircular	2						
Huso-Huso	1						
Huso- --	5						
Triangular-Rectangular	1						
Triangular-Semicircular	1						
Triangular-Huso	1						
Triangular- --	44						
Semicircular-Rectangular	1						
Semicircular-Semicircular	12						
Semicircular- --	4						
Hexagonal-Rectangular	1						
Pentagonal- --	4						

Fig.3. Cronotipología de las defensas hidrodinámicas en las pilas de los puentes alaveses (AZKARATE, PALACIOS, 1996)

y, sobre todo, avanzar las primeras cronotipologías de los puentes anteriores a la intervención sistemática de los ingenieros (NUÑEZ, 1994; AZKARATE, PALACIOS, 1996).

d) Aunque, sin duda, la intervención más conocida de nuestro Grupo de Investigación ha sido la llevada a cabo en el contexto de la restauración de la catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz: la lectura arqueológica del edificio permitió decodificar su compleja biografía constructiva, cosa que fue decisiva a la hora de articular las prescrip-

ciones del plan Director para su restauración, pero, simultáneamente, este esfuerzo permitió avanzar también en la investigación tanto básica (importantes avances en el conocimiento de los siglos más oscuros de la ciudad y su territorio) como aplicada (nuevas propuestas metodológicas de análisis cronotipológicos, sistemas de registro 3D, etc.) (fig. 4).

2. Ejemplo de investigación básica: la arquitectura altomedieval

En alguna ocasión nos hemos referido a las generalizaciones abusivas que, desde la historia del arte y la arquitectura, se cometen a la hora de adscribir determinados edificios a corrientes artísticas o períodos históricos precisos. Nuestra experiencia nos ha enseñado a desconfiar de las catalogaciones al uso, excesivamente dependientes de analogismos formales y carentes, por el contrario, de análisis constructivos rigurosos. La iglesia alavesa de San Pedro de Quilchano, catalogada como románica, es, sin embargo, un edificio del siglo XVI (AZKARATE, FERNANDEZ DE JAUREGUI, NUÑEZ, 1995); la ermita de Nuestra Señora de Ullibarrí –ubicada en el mismo territorio– posee una fase de gran calidad constructiva anterior al románico que había sin embargo desapercibida, etc. En esta ocasión, sin embargo, nos detendremos en una investigación de especial relevancia histórica.

Una de las aportaciones históricas más importantes que ha ofrecido –y va a seguir ofreciendo– la restauración de la catedral está en relación con el notable aumento de nuestros conocimientos sobre el poblamiento y el paisaje urbano de la primitiva Gasteiz, desconocidos totalmente hasta la fecha. Hemos publicado recientemente un avance de estas investigaciones contextualizándolas en la problemática peninsular (AZKARATE, QUIROS, 2001). Se nos excusará, por tanto, que no insistamos en ello, limitándonos únicamente a recordar el descubrimiento de una secuencia extraordinaria en la que se suceden (sin solución de continuidad), los testimonios de una arquitectura doméstica íntegramente realizada en madera durante los siglos VIII y IX, con construcciones líneas de gran porte (como la *longhouse* detectada junto a la portada de Santa Ana); la transición hacia una arquitectura mixta de piedra y madera, fechada radiocarbónicamente hacia el 950; la aparición de la primera iglesia de fábrica tras el año 1000 con diversas ampliaciones; murallas pétreas ya para esta fecha que denuncian la presencia en el País Vasco de fenómenos de “incastellamento”; una nutrida necrópolis con centenares de enterramientos, etc... todo ello anterior a la fundación navarra de 1181. Las excavaciones de la plaza de

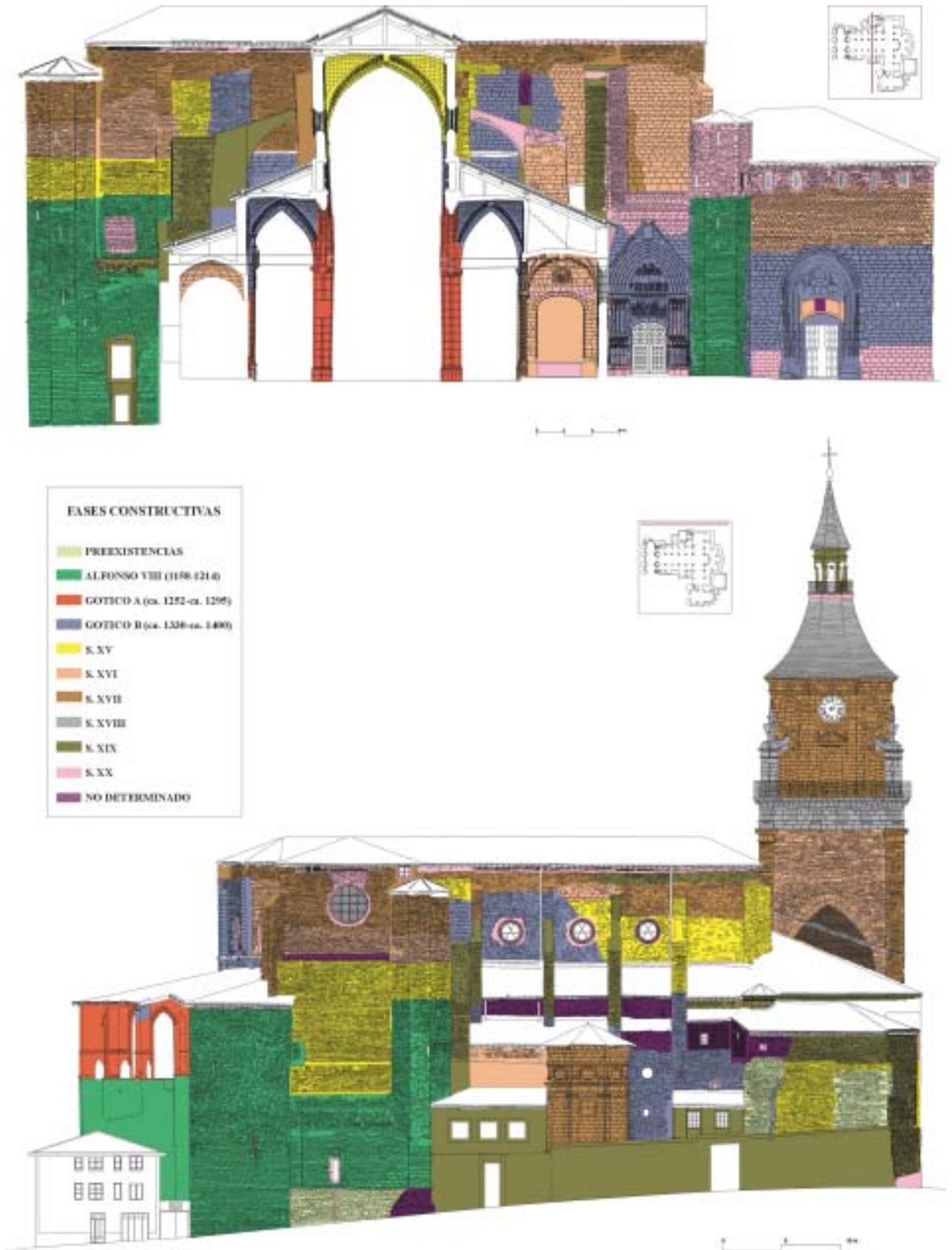


Fig.4. Catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz (AZKARATE, CÁMARA, LASAGABASTER, LATORRE, 2001)

Santa María reflejan una evolución de las técnicas constructivas, desde la madera, pasando por técnicas mixtas, hasta la recuperación de nuevo de la cantería. Por ello es, en estos momentos, un buen referente para la arqueología peninsular de este periodo (fig. 5).

Es muy importante resaltar, sin embargo, cómo –mientras los habitantes de la primitiva Gasteiz desarrollan estos ciclos productivos– en otros lugares del territorio alavés, importantes personajes eclesiásticos levantan edificaciones para las que se recurre a técnicas constructivas más complejas. El caso más conocido es el de San Román de Tobillas, pequeña iglesia calificada como románico rural que, esconde sin embargo, dos fases constructivas del máximo interés para la arquitectura altomedieval de la Península Ibérica (AZKARATE, 1995).

Los estudios efectuados demostraron, en efecto, su notable antigüedad. Su primera fase –hoy circunscrita únicamente a la zona del ábside– fue realizada con sillares reutilizados, se cubrió con una bóveda sobre pechinas ya desaparecida y pertenece a la fundación que, en el año 822 de nuestra Era, realizara el abad Avito. La segunda fase, obra del año 939, se ejecutó –bajo el patrocinio del presbítero Vigila– en un aparejo de gran calidad, con sillares ejecutados *ex novo* para la ocasión, convirtiendo a esta pequeña iglesia en uno de los primeros casos conocidos que evidencian la recuperación de la cantería en el occidente europeo (fig. 6).

Los promotores de ambas fases constructivas (un abad que poseía un notable patrimonio personal y un presbítero vinculado probablemente con la familia condal que regía los destinos de Alava), nos está reflejando la reaparición de ciclos productivos más complejos de manos de grupos dirigentes que comienzan a controlar ya los mecanismos de feudalización. Las dos primeras fases de Gasteiz (arquitectura lígnea y arquitectura mixta, obra de manos anónimas, casi con seguridad campesinas) y las dos fases constructivas de Tobillas (obra de dos personajes influyentes) reflejan magníficamente este contexto histórico, demostrándonos que el conocimiento de las formas de construir puede convertirse en un inmejorable instrumento para el conocimiento de la historia social de un territorio.

3. Ejemplo de investigación aplicada. Nuestra propuesta cronotipológica para la lectura de un edificio complejo.

Como apuntaba G. Giddens reflexionando críticamente sobre la lingüística estructural, “la competencia lingüística no consiste sólo en dominar sintácticamente las frases,

sino también en dominar las circunstancias en las que son apropiadas determinados tipos de frases. En palabras de Hymes: ‘la competencia adquirida se refiere a cuándo hay que hablar y cuándo no, así como de qué hablar con quién, cuándo, dónde y de qué manera’. En otras palabras, *el dominio del lenguaje es inseparable del dominio de la variedad de contextos en los que se usa el lenguaje*”. Se trata, en definitiva, de reflexionar sobre la necesaria coordinación entre lenguaje y Praxis (GIDDENS, 1990: 260).

Esta idea puede servirnos para reflejar nuestra situación en aquel invierno de 1996 y en la primavera del año siguiente. En el proyecto que habíamos presentado a concurso público para la licitación del Plan Director, y debido a las notables dimensiones del monumento catedralicio, nuestra propuesta sobre la lectura de paramentos se circunscribía a la ejecución de unos “cortes estratigráficos” – a modo de sondeos-, en la esperanza de que la información obtenida pudiera ser extrapolable al resto del edificio. Al poco de comenzar nuestra investigación, sin embargo, la propia complejidad del monumento nos desaconsejó continuar por aquella vía y optamos, finalmente, por abordar la lectura de todo el edificio. Con ello asumíamos un reto de tal magnitud que nos vimos obligados a diversificar y potenciar las herramientas analíticas que hasta entonces veníamos manejando, herramientas que habían mostrado su operatividad en elementos patrimoniales más sencillos pero que no nos servían en un contexto que resultaba nuevo para nosotros. Conocíamos las reglas sintácticas, los instrumentos metodológicos (o creíamos conocerlos, al menos), pero nada de ello resultaba suficiente.

1º. Teníamos ante nosotros un edificio de enorme complejidad estratigráfica y de grandes dimensiones. Corríamos el riesgo de perdernos en una multitud de unidades estratigráficas en el caso de seguir de principio a fin la ortodoxia estratigráfica.

2º. Contábamos, además, con una dificultad añadida. Sin llegar a la escasa legibilidad estratigráfica de los edificios enlucidos, la catedral había sido objeto de un “maquillaje” por parte del último arquitecto restaurador que, en la década de los sesenta del siglo XX, había enlechado todos los paramentos del edificio y, sobre esta lechada, había creado una pseudoisodomía en los aparejos. La catedral no era lo que parecía.

3º. Finalmente, las reservas conceptuales de los italianos sobre la legibilidad estructural de un edificio y las limitaciones operativas de la lectura estratigráfica habían provocado en nuestro equipo un serio debate interno. Estamos pensando, por ejemplo, en las serias objeciones de F. Doglioni (1997: 45-52), en las preocupantes apreciaciones



Fig.5. Restitución de una de las casas pertenecientes a la fase lúgnea (ss. VIII-IX d.C.) de la primitiva Gasteiz (Dibujo de Ismael García)



Fig.6. Fases constructivas de la iglesia de San Román de Tobillas (Fotogrametría de L. Cámara y P. Latorre)

nes de I. Ferrando sobre la imposibilidad de leer más allá de la “piel” del edificio (1998), o en las importantes consideraciones de G.P. Brogiolo (1996, 1997) sobre la subjetividad del análisis arqueológico y su búsqueda por completar con instrumentos “históricos” las lagunas de los específicamente estratigráficos. Estas objeciones nos inquietaron profundamente, pero, a la postre, resultaron sumamente estimulantes pues potenciaron el debate interno en nuestro equipo.

De los tres problemas mencionados se derivaba nuestra necesidad de buscar instrumentos de análisis más potentes. Los instrumentos estratigráficos que hasta entonces habíamos manejado (identificación de cada Unidad Estratigráfica, registro individualizado de cada una de ellas, articulación de sus relaciones físicas en un diagrama estratigráfico, etc.) era operativa en edificios pequeños, pero resultaba poco eficaz en construcciones de gran volumen y complejidad –y también en edificios cubiertos por revestimientos diversos que enmascararan su articulación estructural-. Quizá esta última circunstancia –muy extendida en la arquitectura italiana- explica las razonables advertencias de Brogiolo sobre las limitaciones heurísticas de la estratigrafía y justifica su invitación a profundizar en aspectos estructurales y formales. Fue, en definitiva, lo que intentamos hacer en nuestro equipo.

Necesitábamos organizar un procedimiento de trabajo que nos permitiera “comprender” el edificio en sus rasgos más generales, que nos diera una “perspectiva” de carácter más panorámico, para ir profundizando luego en sus aspectos particulares. “Partir, en definitiva, de lo general para llegar al detalle, disminuyendo progresivamente la distancia de observación”, tal y como propone R. Parenti.

Diseñamos, para ello, una estrategia de trabajo⁸ que combinaba, de manera interactiva, tipología, análisis de conjuntos y plataformas GIS o Sistemas de Información Geográficos. Una estrategia adecuada a las necesidades de la catedral de Santa María, que nos iba a permitir el descubrimiento de fases constructivas que potenciaban el análisis estratigráfico más allá de la observación epidérmica de los muros del edificio (insistimos en esta última idea, porque nos parece muy importante: el análisis estratigráfico más allá de la observación epidérmica de los muros del edificio). Expliquémoslo de manera breve y necesariamente sintética (fig. 7).

⁸ Estando el trabajo en un avanzado proceso de ejecución, tuvimos conocimiento de las investigaciones que F. Gabbrielli (1996) estaba llevando a cabo en Siena y que tenían no pocos puntos de contacto con lo veníamos haciendo nosotros.

3.1 Cronotipología relativa

- Individualización de variables

Comenzamos nuestro trabajo identificando en la fábrica tipologías de carácter tanto técnico como formal y metrológico, que denominamos “variables de carácter técnico-constructivo” y “variables de carácter formal”.

Las *variables de carácter técnico-constructivo* seleccionadas fueron, entre otras, las siguientes: tipos de materiales constructivos, tipos de aparejos, tipos de acabados (es decir, tipo de instrumentos utilizados en la talla), marcas de cantero, etc.

Las aportaciones arqueométricas (estudios geológicos, análisis de morteros) fueron muy importante en esta fase. La identificación de los tipos de materiales utilizados en la construcción de la catedral, su procedencia (canteras) y su distribución en la fábrica del edificio, llevada a cabo por geólogos, resultó de una utilidad extraordinaria tanto a la hora de ir definiendo conjuntos constructivos homogéneos como de observar reutilizaciones de materiales antiguos. Y otro tanto cabe decir de los análisis de morteros, sobre cuya eficacia –hemos de confesarlo- tuvimos algunas vacilaciones al comienzo de nuestro trabajo y que, a la postre, resultó absolutamente clarificadora en situaciones que, sin el recurso de esos estudios arqueométricos, hubieran sido difícilmente solventables.

Decisiva fue también, aunque muy laboriosa, la individualización de los tipos de instrumentos utilizados en la talla de los materiales pétreos. Hay que recordar que la totalidad de la catedral estaba revestida en su interior por una lechada con la que el último arquitecto restaurador había impregnado su fábrica para homogeneizar su aspecto. Estudiar los tipos de talla exigió la realización de centenares de catas que permitieran observar los tipos de instrumentos utilizados. El esfuerzo, no obstante, mereció la pena.

Las *variables de carácter formal*, en cambio, fueron estas otras: tipos de perfiles de las basas, tipos de puntillas de los arcos trilobulados y del antepecho del triforio, tipos de capiteles, etc.

- Georreferenciación tridimensional de las variables seleccionadas

Una vez identificadas estas variables tanto de carácter técnico como formal se procedió a la georreferenciación de cada una de ellas, cartografiándolas tridimensionalmente en el edificio.

- Descubrimiento de clusters de variables.

El paso siguiente consistió en observar y analizar la combinación tridimensional de estas variables entre sí hasta descubrir “conjuntos de variables” o “clusters constructi-

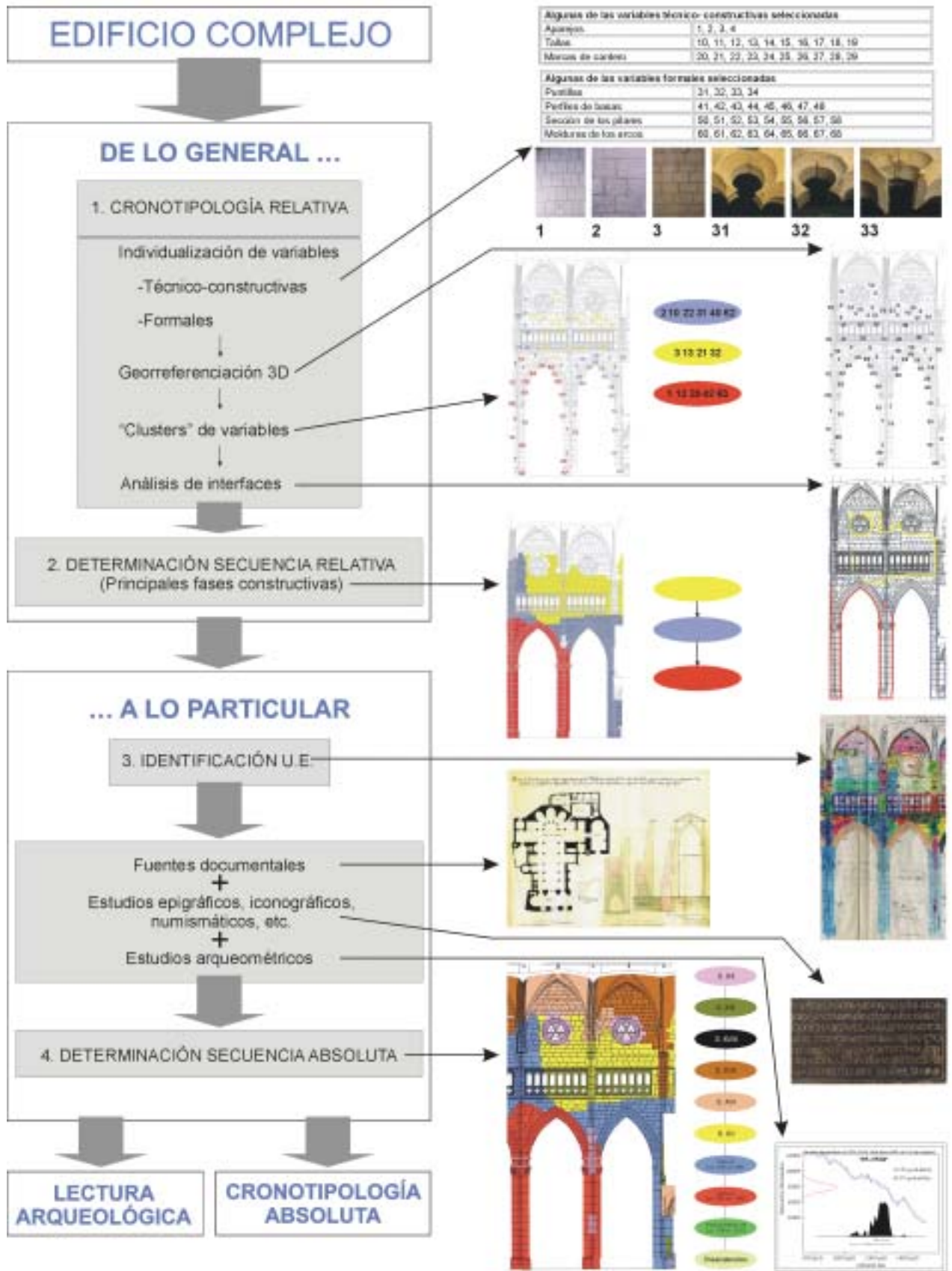


Fig.7. Esquema de nuestra propuesta cronotipológica para la lectura de un edificio complejo (desarrollado en la catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz, 1996-97)

vos”. Este paso es especialmente importante, porque el agrupamiento o la asociación de estas rasgos permite identificar “conjuntos de variables”, “conjuntos de tipos” que están reflejando la homogeneidad formal que todo acto constructivo coetáneo conlleva intrínseco. En otras palabras, permite descubrir fases del edificio *constructivamente homogéneas*.

- Análisis de las interfaces

Una vez identificado un cluster de variables es fundamental acotar sus límites, su perímetro, es decir, sus interfaces respecto a otros clusters constructivos con los que tiene contacto físico. De esta manera se consigue nada más y nada menos que individualizar (no epidérmicamente, sino tridimensionalmente) acciones constructivas relevantes.

3.2 Determinación de la primera secuencia relativa

Lo más decisivo de esta estrategia de trabajo –sobre todo por las repercusiones operativas que tuvo en el proceso de estudio– fue la constatación de que los conjuntos de variables, en definitiva, no estaban sino mostrándonos fases o períodos constructivos y sus contornos las interfaces de fase o de período. Y esta última constatación es trascendental porque de la percepción de las interfaces se deriva la articulación de los distintos clusters de variables en una secuencia estratigráfica relativa.

Las potencialidades interpretativas de este sistema de trabajo son sumamente interesantes. Veamos algún ejemplo que hemos podido comprobar en nuestro trabajo (fig. 8):

a) Una vez establecida la contemporaneidad de determinadas variables técnico-formales, *se multiplican las capacidades interpretativas* de los investigadores. Un supuesto: si las claves 2, 10, 22, 31, 40 y 62 acostumbran a asociarse sistemáticamente entre sí (es decir, constituyen un cluster constructivo homogéneo) y en una determinada zona del edificio faltan dos de ellos, el arqueólogo deberá preguntarse por las razones de su ausencia y saber explicarlas. Puede ocurrir, pongamos por ejemplo, que la ausencia se deba a un retalla efectuada en época posterior que hizo desaparecer las marcas de cantero y la talla primitiva.

b) Su aplicación permite también el *descubrimiento de reutilizaciones o restituciones posteriores*: la aparición de un tipo aislado en un entorno de tipos que no le corresponden (es decir, la aparición de un tipo que distorsiona la homogeneidad de una acción constructiva) puede estar reflejando, por ejemplo, una reutilización de un elemento constructivo preexistente. Hemos tenido ocasión de comprobar varias veces el cumplimiento de este principio y resulta de una gran utilidad en el análisis de un edificio.

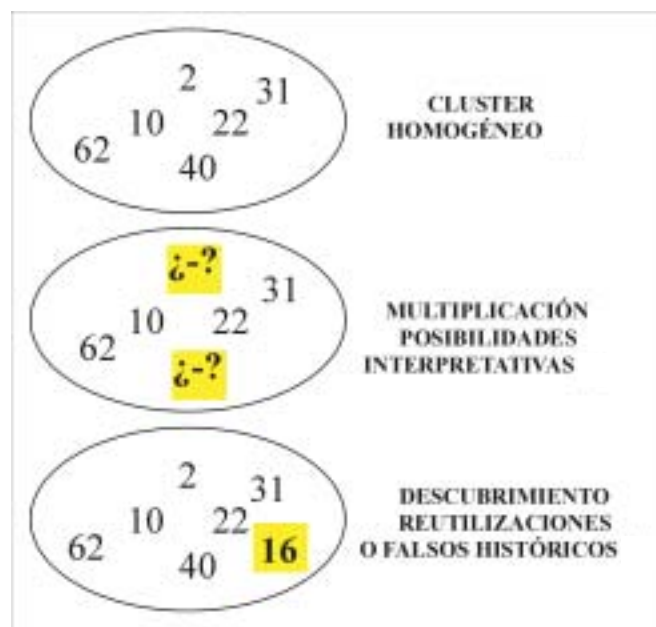


Fig.8. Potencialidades interpretativas del análisis cronotipológico propuesto

c) Pudiera ocurrir también que se diera un solapamiento parcial de algunos *clusters*, es decir, que coincidieran en algunas variables fundamentales, diferenciándose en otras más instrumentales, lo que nos llevaría a considerar la existencia de *diversos grupos de canteros* trabajando simultáneamente.

3.3. Identificación de las U.E.

Habíamos logrado, de esta manera, una lectura estratigráfica de la evolución constructiva del edificio conseguida con el instrumento cronotipológico con el que nos habíamos dotado. Usando un símil fotográfico, habíamos trabajado con un objetivo de 28 mm, con un “gran angular” que nos ofrecía esa visión panorámica que demandábamos.

Pero, a la vez, sabíamos que el trabajo efectuado no era suficiente. El edificio mostraba episodios biográficos menores que escapaban a la visión del gran angular. Debíamos cambiar el objetivo de 28 mm y sustituirlo por otro más potente, un teleobjetivo que permitiera “acercarnos” a la microhistoria del conjunto catedralicio, a sus detalles. La lectura de estos detalles ocupó la mayor parte de nuestro tiempo, con un equipo de seis personas trabajando ininterrumpidamente durante casi dos años, pero completó la lectura más global que la cronotipología había alcanzado, abriéndonos definitivamente las puertas del oscuro pasado de la catedral de Santa María.

Como ha señalado R. Parenti “es tanto más fácil leer una relación estratigráfica o distinguir una U.E. de otra,

cuanto mayor sea el número de claves discriminantes” (1996: 84). La lectura cronotipológica nos permitió descubrir un número importante de estas claves, comprobar su articulación estratigráfica en conjuntos constructivos homogéneos y conocer, de este modo, los capítulos biográficos más significativos de la catedral. La lectura en detalle posibilitó el conocimiento de los acontecimientos más episódicos –en ocasiones casi cotidianos– del edificio.

3.4. Determinación de la secuencia absoluta

Pero el proceso de trabajo no terminó en este punto. Simultáneamente se estaba procediendo al vaciado de las fuentes de los archivos y al estudio crítico de las fuentes documentales, a los estudios epigráficos, numismáticos, estilísticos y arqueométricos. Se estaban ejecutando, en definitiva, un elenco de estudios que fueron aportando información decisiva para conceder valor absoluto a algunos eslabones de la secuencia estratigráfica relativa que habíamos conseguido. Nuestra primera secuencia relativa pasaba, ahora, a convertirse en una secuencia absoluta.

3.5. Lectura arqueológica y cronotipología absoluta

Con todo ello conseguimos dos importantes objetivos: la lectura arqueológica del edificio y la consecución de una cronotipología absoluta fácilmente extrapolable a un contexto local y utilizable, por tanto, en el estudio de otros conjuntos patrimoniales. La respuesta a un problema concreto en la catedral de Santa María nos permitía, de esta manera, estudiar por una parte la evolución constructiva del edificio y sus contextos históricos y, por otra, dotarnos de instrumentos aún más potentes para seguir respondiendo a nuevos retos planteados en la gestión del patrimonio edificado.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Terminemos nuestra intervención con el planteamiento de algunas cuestiones, a modo de *desideratum* para un futuro inmediato. Recojamos, pues, esos temas que (aunque importantes) no han merecido por nuestra parte una atención suficiente.

Juan Antonio Quirós hizo ayer referencia a la insuficiente desmonumentalización la arqueología de la arquitectura entre nosotros, poniendo sobre la mesa un tema de especial relevancia. Yo preferiría hablar de diversificación de los objetos de estudio aunque comparto la idea que se quiere transmitir, porque, en definitiva, obliga a superar una arraigada tradición de origen winckelmanniano que ha priorizado la arquitectura monumental en detrimento de los llamados “elementos menores del patrimonio archi-

tectónico”. La arquitectura monumental para la historia del arte y de la arquitectura. La arquitectura “menor”, “popular” –y, por tanto, casi atemporal– para la etnografía y el folklore. Esta es la situación, a fecha de hoy, en muchos lugares.

En nuestro territorio, afortunadamente, contamos con la labor meritoria de Vitorino Palacios que, a lo largo de más de 25 años viene efectuando una sistematización exhaustiva de varios miles de elementos arquitectónicos de un valor extraordinario. Pero, además, se están comenzando a experimentar –en colaboración con nuestro equipo– modelos interpretativos que concedan profundidad histórica al trabajo de campo efectuado.

Más preocupantes, en cambio, resultan otras cuestiones insuficientemente desarrolladas todavía entre nosotros. Quedan por experimentar, por ejemplo, las potencialidades de la arqueología de la arquitectura en el conocimiento y gestión del tejido urbano. Su aplicación a los cascos históricos, como conjuntos diacrónicos que, encerrando un rico elenco de valores históricos, poseen sin embargo una notable fragilidad ante el avance imparable de las rehabilitaciones, resulta urgente. Existen experiencias en Italia sumamente interesante a este respecto.

No deja de ser una paradoja que se hagan esfuerzos muy meritorios por parte de diversos equipos y que en bastante lugares, sin embargo, rija todavía la ley de la selva. Hay que evitar, por todos los medios, que proyectos como los que pueden ustedes contemplar en los posters recibidos desde muy diversos lugares, acaben convirtiéndose en islas, porque los isleños, como todos sabemos, acostumbran a padecer de extrañas melancolías y soledades incurables.

Bibliografía

- Archeologia dell'Architettura. (supplemento di Archeologia Medievale)*, I (1996), II (1997), III (1998), IV (1999), V (2000).
- AZKARATE A., 1995, Aportaciones al debate sobre la arquitectura prerrománica peninsular: la iglesia de San Román de Tobillas (Alava), *Archivo Español de Arqueología*, 68, pp. 188-214.
- AZKARATE A., 1996, Algunos ejemplos de análisis estratigráfico en la arquitectura del País Vasco, *Actas Arqueología de la arquitectura. El método arqueológico aplicado al proceso de estudio y de intervención en edificios históricos*, Burgos 1996, Salamanca, pp. 123-139.
- AZKARATE A., 2000, Análisis de la evolución histórico-constructiva de la catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz (Aplicación de la ‘Arqueología de la Arquitectura’ a un modelo complejo), *V Congreso de Arqueología Medieval Española, Valladolid*, 1999, Volumen 1, pp. 177-211.
- AZKARATE A., 2001, *Arqueología de la Arquitectura (Experiencias de investigación desde la Universidad del País Vasco)*, Lección inaugural del curso académico 2001-2002, Vitoria.
- AZKARATE A., Fdz. DE JAUREGUI A., NÚÑEZ J., 1995, Documentación y análisis arquitectónico en el País Vasco, *Informes de la construcción*, vol. 46, nº 435, pp. 65-78.

- AZKARATE A., PALACIOS V., 1996, *Puentes de Alava*, Vitoria.
- AZKARATE A., CAMARA L., LASAGABASTER J.I., LATORRE P., 2001, *Plan director para la restauración de la catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz*, Vitoria.
- AZKARATE A., QUIROS CASTILLO J.A., 2001, Arquitectura doméstica altomedieval en la Península Ibérica. Reflexiones a partir de las excavaciones arqueológicas de la catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz (País Vasco), *Archeologia Medievale*, XXVIII, pp. 25-60.
- BROGIOLO G.P., 1993, Appunti su analisi stratigrafica e restauro, en UBOLDI M. (ed.), *Carta archeologica della Lombardia. III*, Modena, pp. 103-108.
- BROGIOLO G.P., 1996, Prospettive per l'archeologia dell'architettura, *Archeologia dell'architettura*, I, pp. 11-15.
- BROGIOLO G.P., 1997, Dall'analisi stratigrafica degli elevati all'Archeologia dell'Architettura, *Archeologia dell'Architettura*, II, pp. 181-183.
- CABALLERO L., LATORRE P., 1995, *Leer el documento construido*, *Informes de la construcción*, vol. 46, nº 435.
- CABALLERO L., ESCRIBANO C. (eds.), 1996, *Actas Arqueología de la Arquitectura. El método arqueológico aplicado al proceso de estudio y de intervención en edificios históricos*, Burgos, 1996, Junta de Castilla y León, Salamanca.
- CARANDINI A., 1997, *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*, Crítica, Barcelona.
- CASTILLA DEL PINO C., 1995, La Memoria y la Piedra, en GONZÁLEZ A., CASTILLA DEL PINO C., FERNÁNDEZ A., *Patrimoni: Memoria o malson?*, Memoria 1990.1992, Diputació de Barcelona, pp. 9ss.
- CRIADO F., 1996, El futuro de la arqueología ¿la arqueología del futuro?, *Trabajos de Prehistoria*, 53, nº 1, pp. 15ss.
- CRIADO F., 2001, La memoria y su huella. Sobre arqueología, patrimonio e identidad, *Claves de razón práctica*, nº 115, pp. 36ss.
- DOGLIONI F., 1997, *Stratigrafia e restauro. Tra conoscenza e conservazione dell'architettura*, Trieste.
- FERRANDO I., 1998, Problemi di datazione in archeologia dell'architettura, *Archeologia dell'Architettura*, III, pp. 75-80.
- FONTANA J., 1992, *La Historia después del fin de la Historia*, Barcelona.
- FOUCAULT M., 1978, *La arqueología del saber*, México (5ª ed.).
- FRANCOVICH R., PARENTI R. (a cura di), 1988, *Archeologia e restauro dei monumenti*, (Siena, 1987), Florencia.
- GABBRIELLI F., 1996, La 'cronotipología relativa' como método de análisis de los elevados: la fachada del Palazzo Pubblico de Siena, *Archeologia Medievale*, I, pp. 17-40.
- GIDDENS A., 1990, El estructuralismo, el post-estructuralismo y la producción de la cultura, en GIDDENS A., TURNER J. y otros, *La Teoría social hoy*, Madrid, pp. 254-289.
- GONZÁLEZ MORENO-NAVARRO A., 1999, La restauración objetiva (método SCCM de restauración monumental), *Memoria SPAL 1993-1998*, 1, Barcelona.
- HABERMAS J., 1986, *Ciencia y técnica como "ideología"*, Madrid.
- HABERMAS J., 1987, *Teoría y praxis. Estudios de filosofía social*, Madrid.
- HONNET A., 1990, La Teoría Crítica, en GIDDENS A., TURNER J. y otros, *La Teoría social hoy*, Madrid, pp. 445-488.
- JAY M., 1974, *La imaginación dialéctica: historia de la Escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación social (1923-1950)*, Madrid.
- LATORRE P., 1995, La arqueología de la arquitectura. Consecuencias metodológicas de su aplicación al proyecto de restauración, *Actas Arqueología de la arquitectura. El método arqueológico aplicado al proceso de estudio y de intervención en edificios históricos*, Burgos 1996, Salamanca, pp. 103ss.
- LATORRE P., CAMARA L., (e.p.), Los procesos de transformación de la arquitectura en el tiempo. Consecuencias teóricas y metodológicas en el proyecto y la obra de restauración, *I Bienal de la Restauración, Barcelona, 2000*.
- MANNONI T., 1994, *Venticinque Anni di archeologia globale. 1. Archeologia dell'Urbanistica; 2. Insediamenti Abbandonati; 3. Caratteri costruttivi dell'edilizia storica; 4. Archeologia delle tecniche produttive*, Escum, Genova.
- MANNONI T., 1996, *Archeologia della produzione*, Torino.
- NUÑEZ J., 1994, *Catálogo de Puentes de Gipuzkoa anteriores a 1900*, Bilbao.
- PARENTI R., 1985, La lettura stratigrafica delle murature in contesti archeologici e di restauro architettonico, *Restauro & Città*, I, 2, pp. 55-68.
- PARENTI R., 1995, Una visión general de la Arqueología de la Arquitectura, *Actas Arqueología de la arquitectura. El método arqueológico aplicado al proceso de estudio y de intervención en edificios históricos*, Burgos 1996, Salamanca, pp. 13-21.
- PARENTI R., 1995, Individualización de las unidades estratigráficas murarias, *Actas Arqueología de la arquitectura. El método arqueológico aplicado al proceso de estudio y de intervención en edificios históricos*, Burgos 1996, Salamanca, pp. 75ss.
- QUEROL M^a.A., MARTINEZ B., 1996, *La gestión del Patrimonio Arqueológico en España*, Madrid.
- QUIROS J.A., 1996, Indicadores cronológicos de ámbito local: cronotipología y mensiocronología, *Actas Arqueología de la arquitectura. El método arqueológico aplicado al proceso de estudio y de intervención en edificios históricos*, Burgos 1996, Salamanca, pp. 179-187.
- QUIROS J.A., 2000, L'architettura altomedievale lucchese: la chiesa dei Santi Giovanni e Reparata in Lucca, *Archeologia dell'architettura*, 5, pp. 131-154.
- TAGLIABUE R., 1993, *Architetto e archeologo. Confronto fra campi disciplinari*, Milán.
- TRECCANI G.P. (a cura di), 2000, *Archeologie, restauro, conservazione. Mentalità e pratiche dell'archeologia nell'intervento sul costruito*, Milán.
- VICENT J.M., 1991, Arqueología y filosofía: la Teoría Crítica, *Trabajos de Prehistoria*, 48, pp. 29-36.
- WITTGENSTEIN L., 1988, *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, (*Philosophical Investigations*, Oxford, 1953).